

RESEÑAS

**SOBRE *TECNOPOPULISMO. CÓMO LA APELACIÓN
AL PUEBLO Y AL SABER EXPERTO EROSIONAN LA
DEMOCRACIA***

CRISTOPHER J. BICKERTON Y CARLO INVERNIZZI ACCETTI

Buenos Aires: katz, 2024; trad. María Gabriela Raidé

por

Miguel Rosetti

Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional de Tres de Febrero

Es profesor de la Universidad de Buenos Aires, en la cátedra de Literatura del Siglo XX. Dicta las materias Narrativa Universal 1 y 2 en la Universidad de las Artes. Asimismo, es docente de posgrado en la Maestría de Estudios Literarios Latinoamericanos, en la Universidad de Tres de Febrero. Actualmente coordina una Maestría en Humanidades digitales que comenzó a dictarse en 2023 en la misma casa de estudios. Participa en diversos proyectos de investigación que abordan las problemáticas del archivo, las literaturas comparadas y la historia de las ideas.

Contacto: miguel.rosetti@gmail.com

ORCID: [0009-0008-2710-3137](https://orcid.org/0009-0008-2710-3137)

DOI: [10.5281/zenodo.14071129](https://doi.org/10.5281/zenodo.14071129)

A cada época le corresponde su prefijo. Si a principios del siglo XX podemos detectar una fuerza de trascendencia, encapsulada en la proliferación de la partícula “super” (del superhombre, al superyó y el superrealismo), si durante el transcurso de sus décadas es posible verificar un fuerte deseo, ya no por lo nuevo, sino por la renovación, en el desfile de la anteposición “neo” en los imaginarios del siglo XIX (del neoliberalismo al neomarxismo y la neovanguardia); si la centuria se cierra con los tonos nostálgicos del *after climax* del “pos” (posmoderno o posindustrial o posmemoria); no es aventurado postular, en un ejercicio intuitivo de semántica histórica, que el afijo “tecno” satura el vocabulario crítico del presente (del tecnocapitalismo al tecnofeudalismo). El libro de los politólogos Christopher J. Bickerton y Carlo Invernizzi Accetti, *Tecnopopulismo. Cómo la apelación al pueblo y al saber experto erosionan la democracia*, añade a esta seña de contemporaneidad la proeza de unirlo a otro de los conceptos fetiches de la hora: el de *populismo*.

Semejante acto de nominación requiere extensas y pormenorizadas aclaraciones sobre el alcance de su uso y pertinencia por parte de los autores. En particular, porque, como bien desarrollan en varios tramos, el término resulta, a primera vista, un monstruo conceptual. ¿No es el populismo (como tecnología de gobierno, como teoría social, como discurso) contrario a los principios tecnocráticos del saber experto? ¿Acaso no responden a imaginarios y prácticas que no sólo divergen sino que programáticamente se enfrentan? El texto sale airoso de esa encrucijada ya que define el suelo común en el que ambas fuerzas encontraron una sinergia específica. Aún con tensiones internas y modulaciones propias, tanto la apelación al pueblo como a la *expertise* de gobierno se convirtieron, tras la crisis de los partidos políticos de masas, en fuentes de legitimidad, capaces de coexistir sin asperezas evidentes en el escenario público. En efecto, el presupuesto sobre el que el texto se inscribe y al que da sentido es que la crisis de las democracias actuales deriva de esa convivencia, porque supone la idea de que es posible “cumplir eficientemente con la voluntad popular”, sin mediaciones políticas de ningún tipo.

La muestra trabajada, al mismo tiempo diversa pero acotada, se restringe a experiencias políticas de Europa occidental (el Reino Unido, Italia y Francia) desde la década de los noventa hasta el comienzo de la pandemia (1990-2020) y abarca un abanico ideológico a priori extendido que pasa por Tony Blair, Peppe Grillo, Matteo Salvini y Emmanuel Macron. Define tipologías y variedades, menciona esporádicamente coordenadas fuera de este

campo de acción (*Podemos* en España, Trump en los Estados Unidos), prácticamente silencia actores de Europa oriental y Latinoamérica. El resultado es habilitar la categoría y dotarla de potencia descriptiva no solo para esta serie de fenómenos políticos, que emergen tras la caída del muro de Berlín –lo que el texto denomina el fin de “la era de la ideología”–, sino también a un rasgo sostenido de la vida democrática contemporánea, que determina (y los autores insisten, una y otra vez, en ello) “incentivos y restricciones” para los actores políticos.

De este modo, uno de los momentos más ricos de la argumentación radica en dar respuesta a la pregunta que inventa la traducción española. ¿Cómo el tecnopopulismo socava a las democracias? ¿En qué aspectos esta crisis se hace visible? El más palpable, el descontento democrático. La política, al dejar de poner en escena valores en conflicto, al perder de vista las instancias intermedias de representación, al retroceder al punitivismo, replegarse en la identidad y clausurar horizontes revolucionarios, abre camino a una degradación de la vida cívica que se pone de manifiesto en un conjunto de aspectos mundanos de las prácticas políticas. Uno de ellos es la paulatina radicalización de la beligerancia discursiva sin que esto suponga un desarrollo del debate público. Por el contrario, esta polarización tiene por objetivo único bajar a las audiencias la certeza de que el candidato o líder, recortándose del *establishment*, ya sea como un verdadero outsider (Beppe Grillo o Boris Johnson), o como un traidor al mismo (Tony Blair o Emmanuel Macron), están investidos de una verdad general, son vicarios del “pueblo” y están unidos excepcionalmente de la solución práctica del problema. Las sociedades parecen siempre estar asoladas por un solo problema (sea la inflación, la inmigración, la corrupción) que el “tecnopopulista” sabe detectar y resolver. Esta hostilidad lleva por un lado a la impugnación moral de los adversarios, al mismo tiempo a una desmaterialización de los criterios de representación, por las que estas figuras dejan de atenerse a la dinámica de los objetivos diferenciados (fundamental en otras teorías del populismo, ya clásicas, como la de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe) y logran desencastrar su práctica de los grupos de apoyo para presentarse más allá de los intereses partidarios y sociales, como “ejecutores”. En este sentido, la lógica tecnopopulista se muestra capaz de dar cuenta de una dinámica, una fenomenología de lo público, que no sería difícil de constatar empíricamente, al menos de modo parcial, en distintas latitudes.

Sin embargo, si bien el tecnopopulismo se define como una lógica, los autores optan también por referenciarlo, intermitentemente, como un modo de acción política, o, directamente, como una performance, dejando vislumbrar la verdadera naturaleza e implicancias de la categoría, su significado más profundo. Esto es, la transformación de la opinión pública en un escenario en estado permanente de campaña en el que se puja por ofrecer el único producto político capaz de ganar. Con las consecuencias que ello tiene para la organización política en la que los cuadros y las bases partidarias se convierten en analistas de opinión, grupos focales, detectores de tendencias, los primeros, y público, consumidores, espectadores, los segundos. Añadida la particular novedad de que el fenómeno no significa una despolitización (no es una tecnocracia) sino una sobrepolitización derivada de la “movilización cognitiva” en la que los deseos y sentimientos de la población son puestas en el primer plano de los debates.

En este sentido, tal vez por los límites disciplinarios que se impone de partida –se trata estrictamente de un trabajo que oscila entre la historia política y el análisis de sistemas de gobiernos comparados–, el texto dibuje los contornos del debate dejando afuera los dos peligros que amenazan (pero apuntalan) a su objeto. En sus términos, el Escila y Caribdis del tecnopopulismo lo constituyen, por un lado, las formas de fascismo práctico que se pueden registrar debajo de los marcos normativos vigentes de las democracias liberales, en los que la transformación conceptual de las nociones de democracia, saber, partido, voluntad general y pueblo delatan una reconfiguración y un umbral en la sustancia de lo común. Y por el otro, la radical irrupción de las tecnologías digitales (y la cultura algorítmica que se desprende de sus métodos cuantitativos y cualitativos de medición), ofreciendo un terreno fértil para el crecimiento, tonificación e impulso del fenómeno tecnopopulista.